

y vacilante que arrojarle en brazos del que con énfasis se titulaba el rey católico?

Felipe, aun mas que su padre, hizo de España el centro de sus vastos dominios, y entre los españoles, escogió á los castellanos, cuyo fanático patriotismo y cuya absoluta lealtad le convenian en alto grado. Castellanos eran sus íntimos consejeros, sus principales funcionarios y caballeros, sus gobernadores: «Los italianos, los flamencos y los alemanes, decia ya en 1559 el embajador de Venecia, Suriano, no tienen participacion alguna en sus deliberaciones secretas; los españoles son apreciados y favorecidos como hijos primogénitos, y ellos son los que reciben las recompensas y los honores.»

El aspecto exterior de Felipe era, en los primeros años de su reinado, sumamente agradable (1). Las regulares proporciones de su pequeño cuerpo, la viveza de los colores de su rostro, la elegante sencillez de su vestido, la gravedad de sus maneras cortesanas, eran celebradas por todos los observadores, á pesar de que su carácter frio no era el mas á propósito para hacerle popular. En cambio, no son objeto de los mismos elogios sus cualidades intelectuales: cierto que sabia producirse con gran elegancia así en latin como en castellano y que conocia perfectamente el italiano y el francés; pero la lentitud y circunspeccion con que procedia en sus decisiones, eran signo de indecision y de debilidad intelectual. En las audiencias que solia dar muy de mañana y despues de la comida del mediodia, nunca daba una contestacion categorica, limitándose á enterarse, por medio de preguntas, del estado de las cosas. Acogia los consejos porque los necesitaba, pero se habria engañado el que pensase que su última decision era irrevocable. Antes de la cena, le presentaba su secretario Gonzalo Perez las cartas y despachos mas importantes. Raras veces asistia al Consejo de Estado y se conformaba á menudo con sus consejos: los consejeros del rey estaban divididos en dos partidos, á cuyo frente se encontraban respectivamente el duque de Alba y Ruy Gomez. Este último era indudablemente mas apreciado del rey á quien gustaban su ingenio, sus complacencias y sus intenciones pacificas; pero por otro lado, Alba poseia tal conocimiento de los asuntos políticos y militares que era indispensable al monarca. La enemistad que á estos dos hombres y á sus respectivos partidarios separaba hacia que desviasen su atencion de los negocios, lo cual era una de las faltas principales del gobierno español. Felipe veia con gusto estas disensiones entre sus consejeros, pues gracias á ellas ninguno podia adquirir preponderancia y las decisiones debian ser constantemente sometidas á su arbitrio. Pero ¡cuánto tardaba, por lo mismo, en pronunciarse el previsor soberano!

La corte era numerosa y brillante, componiéndose de 1,500 señores y damas de la alta nobleza, de los cuales las nueve décimas partes eran españoles y el resto italianos, flamencos, borgoñones, alemanes é ingleses. Esta corte se mostraba fastuosa y seguia minuciosamente el ceremonial borgoñon. La lista civil del rey ascendia á 400,000 ducados anuales y cada cortesano procuraba distinguirse por sus lujosos trenes; pero en la corte dominaban el mayor orden y una gran devocion, no oyéndose hablar de los duelos que tan frecuentes eran en la de Paris. En cambio la mas orgullosa nobleza, que apenas se descubria delante de una testa coronada, consideraba deber ineludible acompañar descubierta al sacerdote que llevaba el Santísimo Sacramento y cantar los oficios con el sacerdote durante la misa (2).

(1) *Relacion de Fed. Badoero* (1557). Alberi, *Relacion de los embajadores venecianos al Senado*, Serie I, tomo II, pág. 233. *Relacion de Mich. Suriano* (1559), pág. 378. *Relacion de Marcantonio da Mula*, (1559), pág. 395.

(2) *Relacion de Fed. Badoero*, pág. 236.

Aun cuando la poblacion de España no era proporcionada en número á los extensos dominios de la nacion, excedia todavia con mucho á la de los demás Estados contemporáneos. En Europa tenia Felipe 20 millones de súbditos, cuando Francia solo contaba la mitad é Inglaterra apenas la cuarta parte (3). Las rentas eran proporcionadas á los habitantes, siendo las del rey de España mucho mas considerables que las de cualquier otro príncipe de la cristiandad, pues ascendian á 5 millones y medio de ducados, de los cuales España solo pagaba millon y medio (4). Los gastos, con inclusion de los intereses de la deuda del Estado, se elevaban á 6 millones y medio, y esta diferencia debia cubrirse con las censurables ventas de dignidades, cargos administrativos y judiciales y con impuestos extraordinarios que se hacian pesar sobre los Países Bajos, á causa de la consideracion excesiva que se guardaba á España.

No es, pues, de extrañar que estas vejaciones, y la altanera conducta que seguian los españoles respecto de las provincias sometidas, despertasen en Milan, en Sicilia y especialmente en Nápoles profunda aversion al nombre español. Cuando el rey, para formar una agrupacion política con los sacerdotes, quiso introducir la Inquisicion en este último territorio, donde no habia peligro alguno de herejía, y además en Sicilia, opúsose con gran energía la poblacion, á pesar de sus profundas creencias católicas, á que se estableciera el temido tribunal. La misma capital se alzó en sublevacion peligrosa; los castellanos bombardearon las calles, pero por fin el soberano tuvo que ceder y suprimir en 1545 la Inquisicion en el reino de Nápoles. La audacia y la rapiña de los soldados y funcionarios extranjeros, unidas á los elevados impuestos y á la presion enervadora de la orgullosa dominacion extranjera, hicieron tan desdichada la suerte de esta provincia española de Italia, que sus habitantes deseaban ardentemente recobrar su antigua independencia. Felipe II y los castellanos, únicos á quienes favorecia el monarca, eran objeto de profundo odio en el mismo reino de Aragon, cuya antigua corona, formada por Aragon, Cataluña y Valencia, conservaba cierta independencia respecto de Castilla. En ella, reunianse regularmente cada dos años las Cortes, compuestas de los cuatro brazos, clero, alta y baja nobleza y ciudades, sin cuyo consentimiento no podia aplicarse en estos Estados ninguna ley ni podia imponerse tributo alguno. Raras veces encontramos en estas Cortes la unanimidad necesaria para aceptar nuevos impuestos, pues á cada uno de estos podia interponer su veto el Justicia Mayor, juez supremo que era nombrado por el rey de por vida, pero cuya responsabilidad solo podian exigir las Cortes. La autoridad de este magistrado era superior á la del mismo monarca; y en el caso de que este violase las leyes, los súbditos de la corona de Aragon tenian el derecho y el deber de hacer resistencia armada y de elegir otro soberano.

La constitucion libre de Aragon y el poder independiente del Justicia Mayor eran objeto de aversion profunda por parte de Felipe desde los primeros dias de su reinado, y su constante afan se dirigia á destruirlos, á cuyo fin debia auxiliarse la Inquisicion. En efecto, ¿qué arma mas segura y de mayor confianza podia encontrar Felipe que aquel tribunal que procedia tan rápida y secretamente, sin sujecion á procedimiento alguno, ante el cual no habia libertad ninguna para la defensa, de cuyas disposiciones no podia apelarse, cuyas sentencias no solo sacrificaban á las victimas sino que ponian la nota de infamia sobre toda su familia y descendencia, y

(3) Véase mi obra *Enrique IV y Felipe III*, primera parte, página 16.

(4) *Relacion de Mich. Suriano*, pág. 363.

que no podia tomar acuerdo alguno sin consentimiento del rey? Los aragoneses opusieron enérgica resistencia al establecimiento de semejante tribunal, pero el rey no cedió y era de prever que se preparaban grandes conflictos.

En cuanto á los demás reinos, dominábales Felipe con brazo de hierro, segun expresion de un contemporáneo suyo, pues en su explotacion que él consideraba justa, no tenia ninguna consideracion que guardar á las personas ni á su categoria. Ni los grandes mas encoquetados se atrevian á desobedecer á un simple alguacil cuando este, para indicarles que debian darse á prision, les tocaba con su vara. El poder de la aristocracia se hallaba muy quebrantado. Las tres órdenes de caballería de Calatrava, Alcántara y Santiago, que se habian mostrado un tanto hostiles al monarca, habian sido convertidas por Fernando el Católico en fuente de influencia y de fuerza para la corona cuando, con asentimiento del Papa, agregó á la corona los maestrazgos de dichas órdenes. Desde entonces, el rey podia á su antojo proveer sus ricas prebendas, con lo cual ejercia absoluto dominio sobre la pobre nobleza baja, mientras la alta aristocracia era reducida por la Inquisicion á la obediencia. Felipe II tuvo sistemáticamente alejados á los nobles de los cargos públicos, quitándoles así toda importancia, y favoreció á los descendientes de los comuneros, defensores de las libertades municipales que habian sido vencidas en otro tiempo por la nobleza, en provecho de la monarquía (1).

Solo las grandes ciudades de Castilla habian conservado cierta independencia: ellas nombraban los ayuntamientos y el rey tenia únicamente el derecho de sancionarlos. En Andalucía, los ayuntamientos eran hereditarios (2), y desde 1538 los municipios formaban las Cortes de Castilla, enviando cada uno de ellos dos procuradores que, convocados por el rey, los representaban (3). Esta representacion del reino era solo una sombra de su anterior grandezza: cierto que Felipe II la convocó con mas frecuencia que los anteriores soberanos; pero, en cambio, no tenia iniciativa alguna en las leyes en que, con raras excepciones, se convertian las disposiciones del reino. No tenia mas derecho que el de reproducir las quejas y reclamaciones de sus representados, y el de votar nuevas contribuciones, derecho sobre el cual pasaba muchas veces Felipe II; pues alternando hábilmente el soborno y las amenazas, sabia la corte hacer que los diputados asintieran siempre á sus deseos. En las ciudades tomaba tambien cada vez mayor incremento el poder real, pues los jueces y los jefes de policia eran nombrados por el rey y no de por vida, sino á su voluntad. Los vireyes que España tenia en Nápoles, Sicilia y Cerdeña gobernaban muy arbitrariamente, y si bien en Milan habia un Senado, el gobernador allí residente logró poco á poco quitarle toda su importancia.

El suelo español no era por término medio considerado como muy productivo: el aceite y el vino eran los únicos productos que se ofrecian con abundancia. La produccion general cubria tanto menos las necesidades del país, cuanto que debia proveerse de trigo á las Indias occidentales. Además de la aridez del país y de la sequedad del clima, contribuia á esta escasez de productos la pereza é indolencia que en el cultivo mostraban los españoles, y el descuido en conservar los acueductos y acequias de riego construidos por los árabes (4). Esta poca aficion al trabajo influa mas pernicio-

samente todavia en la industria española; el país producía en abundancia lana y seda cruda; pero estos productos eran en su mayor parte exportados á Flandes, Francia é Italia para ser de nuevo importados una vez convertidos en piezas de seda y paño. Solo la industria de los cueros conservaba en España su antigua importancia, pero los productos que mayor contingente proporcionaban á la exportacion eran los frutos, cereales y especias de las Indias orientales; en una palabra, productos naturales.

El comercio estaba en su mayor parte en manos de los franceses, flamencos é italianos que se habian establecido en España. No solo la pereza, sino el orgullo loco y lleno de preocupaciones con que el español despreciaba el trabajo, le impedian entregarse á una actividad útil, aunque fatigosa (5).

En una cosa España fué superior á todos los pueblos, y á ella debió principalmente su grandezza y su poder; el ejército. Las tropas españolas eran las primeras del mundo por su valor, por su disciplina y por su experiencia, y de su organizacion tomaba ejemplo la Europa entera (6).

En este ejército se veia la perseverancia y el valor del español unidas al ardor del italiano y á la fuerza material de los walones. Excelentes generales lo habian instruido y organizado con perfeccion. Carlos V fué el primero que creó los regimientos ó tercios, compuestos de tres batallones, dotados de 300 plazas y mandados por un maestre ó mariscal de campo. De las 12 compañías que componian cada tercio, unas eran de piqueros y otras de arcabuceros, armados estos, no con los ligeros arcabuces, sino con los pesados mosquetes, de los cuales se servian apoyando el cañon en una horquilla que cada mosquetero debia llevar consigo. En la caballería, se distinguian la pesada, ó de hombres de armas, y la ligera, ó de jinetes, y luego una especie de dragones conocidos con el nombre de arcabuceros montados. En todos ellos, la compañía era la unidad táctica. Como la artillería habia hecho grandes adelantos desde el siglo xv, hubieron de organizarse los cuerpos de gastadores y el servicio administrativo. Hay que colocarse en la esfera de relacion de aquellos tiempos para no admirarse de que los 30,000 hombres que formaban el ejército permanente del rey (7) viniesen á ser el ejército permanente mas considerable de cuantos entonces habia en la Europa cristiana; pero las extensas provincias, tan apartadas algunas de las otras, no solo quitaban á las tropas, proporcionalmente formidables, toda fuerza ofensiva, sino que las hacian insuficientes para la defensa. Así es que á cada dificultad política que se ofrecia debia procederse á nuevas levas, cosa que no era fácil dada la precaria situacion en que se encontraba el real tesoro. De aquí el disgusto con que Felipe miró, al principiar su reinado, las grandes guerras.

La escuadra española era invencible, y estaba considerada como la mas poderosa de toda la cristiandad: en tiempo de paz, se componia de 60 ó 70 galeras, tripuladas, además de los soldados de marina y marineros correspondientes, por 8,500 remeros, la mitad de ellos esclavos. En tiempo de guerra, estas cifras se aumentaban hasta un punto al cual no podia llegar pueblo alguno marítimo.

(5) José Manuel de Vadillo en sus *Discursos económico-políticos* (Cádiz 1844) y en su *Sumario de la España económica de los siglos xvi y xvii* (pág. 231) ha demostrado cuán exageradas son las opiniones que algunos escritores, como Campomanes y el excelente Weiss en su *España despues del reinado de Felipe II*, emiten acerca del florecimiento mercantil de España á mediados del siglo xvi y cuán apasionadamente se ha partido de cifras enormes, pero poco exactas.

(6) Brix, *Historia del ejército español* (Berlin 1881) pág. 72.

(7) *Relacion de Pablo Tiepolo* (1563); Alberi, I, V, 39.

(1) Ranke, *Príncipes y pueblos de la Europa meridional*.

(2) Weiss, *La España*, I, 194.

(3) Sempere, *Historia de las Cortes* (Burdeos 1815) 236.

(4) Esto debe aplicarse al reinado de Felipe III, despues de la expulsion de los moriscos, no al de Felipe II. (N. del T.)

El poder de este importante reino pareció tanto mas grande, tanto mas invencible, cuando su eterna rival la Francia, se vió asolada, inmediatamente despues de la paz de Chateau-Cambresis, por los horrores de una guerra civil religiosa.

CAPITULO III

LA GUERRA CIVIL RELIGIOSA EN FRANCIA

Los Guisas.—Los Borbones.—Coligny.—Muerte de Enrique II.—El tumulto de Amboise.—Muerte de Francisco II.—Carlos IX y Catalina de Médicis.—Discusion religiosa de Poissy.—El edicto de enero.—La primera guerra de religion.—La paz de Amboise.—Entrevista de Bayona.—Organizacion de los protestantes franceses.—Segunda guerra religiosa.—Odio religioso y democracia en Francia.—Tercera guerra de religion.—Paz de San German-en-Laye.

En extension y en número de habitantes, la España de Carlos V y de Felipe II era muy superior á su vecina la nacion francesa; y si esta pudo resistir con éxito á aquella, debióse á la fuerza centralizadora, á la omnipotencia de la monarquía y al vivo y ardiente amor á la patria que encontramos en Francia. Sin embargo, hubo un momento en que pareció que estas cualidades iban á perderse por efecto de las discordias y disensiones religiosas que se hicieron cada vez mas profundas y mas amenazadoras en el pueblo francés.

Desde los últimos años de Francisco I, existia en Francia el peligro de que la nacion se dividiese en dos mitades, una católica y otra protestante, division que tomaba cada dia mayores proporciones. Ni la violencia ni la presion habian podido acabar con el protestantismo; y los principales caudillos del movimiento intelectual, los artistas, los nobles y los individuos mismos de la familia real eran en su mayor parte protestantes, ya pública ya secretamente. Esto sentado, y dado que el catolicismo, segun el concepto que de él se tenia, no podia reconocer legalmente la existencia del nuevo elemento, era inminente la lucha. Muchos amigos sinceros de su patria y algunos políticos prudentes, trabajaban con energía para evitarla; pero todos sus esfuerzos eran infructuosos á causa de la natural impaciencia y de la saña con que mutuamente se combatian ambos bandos. Es injusto atribuir á determinadas personas la responsabilidad de los horrores de aquellas luchas, las mas crueles por ser religiosas, pues la culpa estaba en su mayor parte en la época en que acontecian y en las consideraciones y sentimientos que las inspiraban.

Mientras vivió Francisco I, es decir hasta 1547, el protestantismo francés tuvo un carácter pasivo de luteranismo no político. Sin embargo, este soberano en los últimos años de su vida, mostróse cruel para con todas las opiniones religiosas disidentes, llevado no tanto de un celo religioso, que apenas encontramos en él, cuanto del deseo de conservar la unidad de su reino y el poder de la monarquía católica. El cardenal Tournon, fanático ardiente, supo aprovecharse de estos sentimientos del monarca, y en abril de 1545 fueron destruidos veintidos lugares de pacíficos y tranquilos valdenses, en el Norte de la Provenza, asesinadas 3,000 personas indefensas y condenadas 666 á galeras. La persecucion contra la Reforma se extendió por toda la Francia, y segun un cálculo que parece todavía muy corto (1), fueron quemados vivos durante este reinado 85 protestantes. De esta suerte evitó Francisco que el protestantismo llegara á ser, durante su gobierno, una potencia en el Estado; pero en cambio creció en secreto, quizás á consecuencia del valor mostrado por los mártires, el número de los disidentes. En Meaux,

(1) Mignet en el *Journal des Savants*, 1857, pág. 97.

Senlis, Orleans, Bourges y otros lugares, se formaban comunidades evangélicas, mientras no pocos huyeron á Ginebra y al Vaud bernés para librarse de las persecuciones.

Calvino no desesperó durante mucho tiempo de atraer á su creencia á su patria; de suerte que hasta pocos años antes de su muerte consideró todos los trabajos que hacia en Ginebra como una simple preparacion, y miró á aquella ciudad como una colonia de la Francia calvinista. Por esto se rodeó de fugitivos franceses y tardó tanto en solicitar el derecho de ciudadanía en Ginebra. Incesantemente enviaba emisarios y cartas á Francia, ya á los pueblos, ya á determinados é influyentes personajes. A él acudian los que, por sus creencias, habian sido arrojados de su patria, y por su causa millares de ellos regresaban á Francia, mientras su poderosa palabra, contenida en centenares de cartas, fructificaba en innumerables pechos. Nada, pues, tenia de extraño que en el protestantismo francés fuesen infiltrándose cada vez mas sus doctrinas. En vano clamaban contra sus rigurosas exigencias los sacerdotes, que predicaban á sus fieles, los notables, los sabios y los ricos comerciantes, que si bien interiormente eran adictos á la Reforma, no querian darse á conocer como protestantes, para no atraer un peligro sobre sus cabezas (2); todos ellos hubieron de someterse al celo de Calvino y de sus discípulos. Este reformador procuraba tambien arrojar de Francia al luteranismo é impedir toda alianza entre los protestantes franceses y los luteranos alemanes, en cuyas tentativas ciertamente obtuvo feliz éxito, pues desde mediados del siglo XVI, el protestantismo francés adoptó exclusivamente el nombre de Calvino.

El sucesor de Francisco I, Enrique II (3), era hombre hermoso, de alta estatura, de facciones regulares y moreno, aunque de expresion fria y de mirada apagada y sin fuego. De apacible carácter, fiel á sus amigos y laborioso, era en cambio algo ignorante, de inteligencia muy limitada, negligente y poco aficionado á las meditaciones serias. Sus favoritos podian, por lo mismo, manejarle á su antojo. Diana de Poitiers, su favorita, dama amable, prudente é instruida, fué por él nombrada princesa de Valentinois, y en las muchas construcciones que á instancias suyas mandó hacer el rey en el mas bello estilo del renacimiento encontramos entrelazadas las iniciales H y D. En los asuntos políticos el que mas influencia ejercia sobre el monarca era el condestable de Montmorency, ligado con él por una amistad que databa de muchos años (4). Montmorency era un general mediano y hombre de Estado inepto, duro, severo, cruel y fanático; pero no engañaba á su rey, y gobernaba rígidamente el Estado, sistema de cuya inmejorable bondad estaba convencido.

Casi igual influencia que el condestable ejercia en el monarca la familia de los Guisas, á pesar de encontrarse léjos de la corte (5). Renato de Lorena, el adversario de Carlos el

(2) No sin motivo procedian de este modo, pues el mismo Calvino habia sabido siempre ponerse en lugar seguro (Stählin, I, 545). La misma reina de Navarra censuraba á Calvino por su falta de valor personal (Bonnet, I, 115).

(3) Además de la ya citada obra de Soldan, véase la *Historia del calvinismo francés* de Gottl. de Polenz, tomo I (Gotha 1857) y *Los Guisas, los Valois y Felipe II* de José de Croze (Paris 1866), donde se insertan nuevos documentos sacados de los archivos del Estado de Francia.—H. Lutteroth, *La Reforma en Francia durante su primer período* (Paris 1859).—F. W. Ebeling, *Siete libros de Historia francesa*. La primera parte (Tubinga 1855) comprende los desórdenes desde la muerte de Francisco I hasta la muerte de Francisco II (1560), tomados en parte de nuevas fuentes, pero mas en forma de anécdotas que como verdadera historia.—Me refiero á la antigua literatura, apenas utilizable.

(4) *Relacion de Juan Cappello* (1554); Alberi, I, II, 278.

(5) Renato de Bouillé, *Historia de los duques de Guisa*, 4 tomos (Paris 1849).

Temerario, habia dejado sus posesiones de Francia á su hijo segundo, Claudio, que llevaba el nombre del condado, luego erigido en principado de Guisa, y que se distinguió extraordinariamente como general. Claudio dejó seis hijos y cinco hijas, una de las cuales se casó con Jacobo V, rey de Escocia. Esta familia numerosa era pobre, pero llevaba un gran nombre, y aun cuando era extranjera en Francia, descendia

de los Capetos por un hermano de San Luis. De aquí que la dominara el aguijon de las riquezas y del poder, para los cuales encontró allanado el camino. Toda la familia tendia á un mismo objeto, habiendo sabido conquistar los primeros puestos en el ejército, en la Iglesia y en la administracion. De los hijos de Claudio sobresalieron los dos mayores, Francisco de Guisa, conde de Aumale, excelente militar, lleno



Enrique II de Francia. Facsimile de un grabado en cobre por Estéban de Laulne

de ardiente ambicion, de magnánimos sentimientos, que pronto alcanzó brillante fama y unánimes simpatías con la toma de Calais; y Carlos, cardenal-arzobispo de Reims, conocido comunmente con el nombre de cardenal de Lorena. Era este prelado un hombre de Estado que se distinguia así por su instruccion y talento, como por su falta completa de elevacion moral. Todos los medios para llegar al poder eran para él buenos; ambicioso, vengativo y astuto, se valia de su experiencia y de su elocuencia para alcanzar su objeto. Con su conducta exterior intachable, con sus maneras dignas, y con su hipócrita devocion, á pesar de ser en el fondo un descreído, esperaba poder ocultar el escandaloso egoísmo que encerraba su alma. Escéptico en materias religiosas, creia en

las preocupaciones y milagros astrológicos y era en extremo cobarde y pusilánime.

Cuando Claudio llegó á Francia, apenas poseia 14,000 libras de renta anuales; pero gracias al favor de Diana, cuya hermana se casó con el hijo tercero de Claudio, prosperó de tal manera esta familia que el joven cardenal de Lorena reunia en su persona doce obispados y principados con 300,000 libras anuales de renta, reportando igual suma á los demás Guisas sus respectivas posesiones.

Montmorency y el cardenal de Lorena, enemistados entre sí, coincidían sin embargo en el profundo odio que profesaban á los protestantes é indujeron al rey y al Parlamento de Paris, tribunal supremo del reino, á que adoptasen las mas se-